

Otra vez me encontraba sentada delante del espejo, preparándome para la cena que como un ritual se producía al día siguiente de cada una de las llegadas de Antoine. Volvía como siempre después de transcurridas las tres o cuatro semanas en las que por trabajo tenía que ir a yo que sé ya que país. Ese día me apeteció dar rienda suelta a la satisfacción de arreglarme mucho para salir. Me dio de repente. Me entraron tantas ganas de ponerme muy guapa que estaba dispuesta a llegar más lejos de lo que se llama arreglarse, y que la coquetería se transformase en un cierto grado de insinuación.

En la cotidianeidad en que se había convertido mi vida con ausencia casi absoluta de relaciones sociales, lo habitual era que para sentirme a gusto me conformara con un pelo bien cuidado, cambiando su look de vez en cuando claro está, algo de maquillaje en la cara, una bonita línea de ojos y color para lo que yo consideraba mis preciosos labios. Mi natural coquetería, que en otro tiempo siendo joven provocó la mayor bronca que tuve con mi madre, en los tiempos por los que ahora pasaba se estaba adormeciendo. Por aquel entonces, estando ya lista para salir con un chico, me obligó a quedarme en la habitación porque me negué a cambiarme la minifalda que me había puesto. Desde luego, no podía negarlo, una cortita minifalda que me quedaba preciosa, pero que según ella, me impedía cualquier intento de evitar enseñar todo. Aquella bronca hizo que desde ese día, cuando quería seguir poniéndome ese tipo de falda lo hiciera a escondidas. Salía de casa con ella metida en el bolso y me cambiaba en casa de alguna amiga.

Pero ahora sentada en mi tocador, mirándome en el espejo mientras me maquillaba, quizá por lo que mi amiga Brigitte llamaba descontrol inevitable producido por una alteración hormonal, decidí ponerme el vestido que me compré por su insistencia hacía más de un año y que aún no había estrenado. El escote era tan espectacular que más que llegar a la insinuación como yo quería, dudé si no navegaba por mares de provocación. Me miré una y otra vez y sólo vi una mujer muy guapa. Una gargantilla de terciopelo negro con una perla en el centro de mi cuello completaba una imagen en el espejo que me parecía perfecta. En un intento de prevenir que a Antoine le pudiese parecer una imagen excesiva, decidí obtener su opinión sin parecer demasiado explícita. Me puse de pie con la excusa de coger unos pendientes y me giré delante de él para que pudiese observar con claridad la forma en la que ese vestido moldeaba mi cuerpo preguntándole algo así como que cuándo llegaba el taxi. Pero él, casi seguro con sus asuntos en la cabeza o quién sabe con qué, mirándome sin observarme me contestó que en media hora y siguió a lo suyo.

Acababan de concederle la segunda estrella Michelin al restaurante Molino del Cielo, y esa era razón suficiente y necesaria para cenar en él y celebrarlo aunque no era la primera vez que lo hacíamos allí. Para Antoine, acudir a esos restaurantes en un acontecimiento como el de festejar una concesión como esa, formaba parte de sus obligaciones como el único hijo que era de una de las familias más importantes de la región. Para mí, también acompañarlo era una obligación, y lo hacía como hacía otras muchas cosas desde que estaba casada con él, como tener que comprar en las mejores tiendas de ropa o codearme con personas mucho mayores que yo con las que no tenía nada en común, y con quienes mi deber de resultar simpática me dejaba completamente agotada. En aquel restaurante, como en otros de esa categoría con su moderna sofisticación, el ambiente del comedor era frío. Tenía una decoración de tonos grises con materiales a base de vidrio, metal y hormigón que apenas podían dulcificar las tenues luces de unas bonitas lámparas. En aquel lugar distante y formal, daba igual cómo estuviese cocinada la comida. Era

un ambiente exclusivo en el que todo el mundo terminaría saliendo de allí alabando al cocinero y a su profesionalidad, cosa que por otra parte no podría entenderse de otra manera después de pagar ochocientos francos por persona por dos menús degustación, una botella de la mejor reserva de la familia de Antoine y otra de champagne sin sentirse timado.

Durante la cena, no sólo yo me encontraba atractiva, también por cómo me observaron estaba segura de que otras personas opinaban igual. En la mesa de enfrente, por ejemplo, un hombre algo mayor, bastante elegante, no dejaba de mirarme mientras a duras penas parecía seguir la conversación de la mujer que le acompañaba. Yo la tenía de espaldas y sólo podía ver su pelo rubio. Ella no parecía tener más de veinte años. Comencé a divagar tratando de imaginar qué relación habría entre los dos. Podía quizá ser su hija, con la que tuviese alguna cosa personal o familiar de la que hablar, o simplemente siendo su hija cenaba con ella sin más objetivo que el de comer juntos porque él viviendo solo no supiese cocinar. O mejor aún se trataba de una joven amante a la que mantenía para él solo en uno de los pisos más lujosos de la ciudad. O lo más probable, que la acabara de conocer después de una llamada de teléfono y que al final terminase cobrando doscientos o trescientos francos por los servicios que tendría que hacer después del postre. Quién sabe. En uno de esos momentos en que mi mirada se cruzó con la de aquel hombre, instintivamente acaricié el borde de mi vestido y subí lo poco que se podía el escote mientras volvía la mirada hacia Antoine. Era muy consciente de que disminuir el escote con aquel intento de subirlo era imposible y en consecuencia, que mi pecho volvería a estar como al principio en cuanto quitase mi mano del vestido, pero ese gesto inevitable me salía de forma involuntaria. Era como un mecanismo de defensa ante las miradas de aquel hombre mientras cenaba con mi marido.

Desde aquel instante y durante el resto de la cena, como si fuera un acto reflejo, cada vez que sentía la necesidad de acariciar el borde del escote para recolocarlo, sabía que aquel hombre me estaba mirando.

—Cariño, ¿me estás escuchando?

—Claro —le contesté.

Como no era del todo cierto, improvisé una respuesta que garantizaba que mi ausencia de la conversación no iba a tener consecuencias. Para ello, abrí un tema que yo sabía que a él le desconcertaba porque le sacaba de la zona donde se encontraba a gusto, que no era otra que la de su trabajo.

—Me estaba acordando de lo que te conté, que Helen y su pareja habían tenido una niña.

—Ya sabes que a ellos les gustan esas cosas —contestó.

Y tal y como yo esperaba, siguió hablando sin parar, como si este escueto intercambio de palabras que acabábamos de tener hubiese sido como una mosca que le molestase cerca de su cara y de un matotazo se la quitase de en medio.

A pesar de ello, traté de poner algo más de atención en lo que decía, y así, entre que si la maquinaria había llegado mucho más tarde, que si la estructura tenía muchos problemas de estabilidad... y que quizá tuviese que hacerse cargo de una conducción de agua en Qatar... también conseguía estar atenta al resto de los comensales, con la agradable sensación de sentirme observada.

—¿Qatar? ¡Qué interesante!

Conseguí meter la pregunta en la conversación para que pensara que tenía captada mi atención, mientras, mi pensamiento entre realidad e imaginación, observaba a las personas y entretejía sutiles conexiones.

—Sí. Es posible que este asunto se cierre en un par de meses —me contestó.

El camino de vuelta a casa después de estas cenas tenía un cierto aire intimista, mezcla de tristeza y bonitos recuerdos. Siempre de noche, él iba conduciendo su Mercedes después de haber bebido, concentrándose mucho en la carretera y permaneciendo callado, mientras que yo, con la cabeza en el asiento me adormecía viendo pasar las siluetas del paisaje. Por la carretera que discurría casi paralela al río y que conducía desde la ciudad hasta la casa, ya llegando,

iba primero apareciendo la pequeña ermita románica con el contorno de su torre rompiendo la continuidad de la luz de la luna. Después surgía el grupo de casas de los trabajadores de la hacienda que no residían en la ciudad y en el que viví mi infancia y parte de mi juventud. Aquellas casas formaban un cuadrado alrededor de una plaza en la que todavía permanecían encendidas algunas luces. Después aparecían los barracones de los vendimiadores temporeros ahora vacíos y donde mi padre vivió los primeros años desde su llegada, y un poco más allá, la que llamábamos casa verde, donde ahora vivían mis padres, con una de las luces aún encendida. Un poco más allá, el gran edificio de la bodega de gruesos muros de piedra y ladrillo, y enormes cerchas de madera. Y al fondo, la casa en la que ahora vivía, la casa de los dueños de toda aquella hacienda. Cuando por fin llegábamos allí, ya sabía lo que iba a pasar. Siempre se sucedía el mismo ritual. Si su padre estaba aún despierto, solían quedarse los dos a charlar un rato mientras yo daba las buenas noches a mi suegro y subía a la habitación, me ponía un camisón y esperaba a Antoine metida en la cama. Y si por el contrario su padre ya estaba dormido, subíamos los dos juntos, y yo, porque así me había dicho que tenía que ser, igualmente esperaba a mi marido metida en la cama para lo que él dispusiera. En cualquier caso, la relación carnal que podía seguir a continuación, terminaba en el mejor de los casos si había suerte en no más de tres minutos después. Todo era siempre predecible.

Hoy me hubiese gustado no tener que ser yo quien estuviese bajando la cremallera de mi vestido. Hubiera querido que me la bajasen despacio, que me fuesen recorriendo la piel con suavidad, primero con los dedos y luego con los labios. Que después me quitaran despacio el sujetador y las pequeñas braguitas que llevaba puestas, y que luego me agarraran con fuerza, me diesen la vuelta y me besaran. Con ese deseo me metí en la cama a esperar. Unos minutos más tarde con Antoine encima y algo excitada, traté de hacer algo diferente, subí las piernas por detrás de su espalda para apretarle mientras liberaba mis ganas, y lo que logré liberar fue otra cosa. En esta ocasión, lo único que conseguí fue que no durase ni un minuto.

En el aeropuerto, mi maleta fue una de las últimas en aparecer después del control de pasaportes. Incluso llegué a dudar si la habían perdido. Allí, esperando que saliera me despedí de Fiorella, y aún

tuve que esperar un buen rato. Otro control más, esta vez ya con la maleta y por fin fuera. En la puerta de salida me esperaba Murat y Elma. Llevaban un pequeño cartel con mi nombre para que pudiera reconocerlos, pero no fue necesario leerlo. Después de tanto tiempo esperando, eran la única pareja que aún aguardaba a alguien, y tenían una apariencia de formalidad como seguro que le gustaba a Noam. Murat llevaba un impecable traje negro, camisa blanca y corbata también negra. Era moreno, tenía bigote y unas gafas de sol que me impidieron ver sus ojos. Elma llevaba un pantalón de color ocre muy ceñido en la cintura y algo más suelto a partir de la rodilla, una blusa blanca y una chaqueta también ocre haciendo juego con el pantalón. Nos saludamos. Murat cogió mi maleta y fuimos caminando hasta el Mercedes plateado que tenían en el aparcamiento. Era medio día. Cuando llegamos al hotel Pera Palas, les propuse que comiésemos juntos en el hotel, pero con mucha educación me dijeron que no, que volverían a las cinco después de que hubiese descansado para acompañarme por Estambul esa tarde. Yo les contesté que estaba deseando ver Santa Sofía.

Noam, haciendo las cosas como siempre, me había reservado la habitación 410, junto a la que ocupó Agatha Christie, y en la que escribió su Asesinato en el Orient Express. La que ocupó Agatha Christie, la 411, ahora ya no se utiliza por el público en recuerdo de aquel hecho, de otra forma, seguro que Noam la hubiese reservado.

Desde mi habitación, viendo el Cuerno de Oro, una parte de mis sueños se hicieron realidad. Deshice parte de la maleta, bajé al restaurante a comer algo y subí después a descansar. Pensando en que por fin iba a ver Santa Sofía, recordé aquella conferencia a la que fui con Brigitte siendo las dos estudiantes. Era sobre arquitectura bizantina y la daba un profesor ya mayor que explicaba Historia de la Arquitectura en la Facultad de Arquitectura. Aquel profesor se subió a la tarima de la pequeña sala donde se celebraba el acto y comenzó diciendo que ese día dedicado al arte bizantino, sólo iba a explicar el edificio de Santa Sofía en Estambul. Estaba solo. Únicamente tenía para ayudarse una gran pizarra y tiza. Sin embargo, de sus

manos comenzaron a aparecer las plantas del edificio mientras iba explicando sus distintas partes, a la vez que también iban apareciendo sus secciones. Secciones perfectamente dibujadas con las que iba explicando el alarde arquitectónico que habían propuesto para Justiniano Artemio de Tralles e Isidoro de Mileto, y que al final pudieron inaugurar un 27 de diciembre del 537. Al parecer, ninguno de los dos había construido nunca nada. Eran profesores teóricos. El primero había hecho un tratado de secciones cónicas y era profesor de geometría descriptiva, y el segundo era profesor de estereometría y había escrito un tratado sobre cúpulas. Aquel profesor ya entrado en años, desde su tarima y con la tiza y la pizarra, nos fue explicando la dificultad de resolver los empujes radiales que produce una cúpula sobre una planta que no es simétrica en todas direcciones, sino que se dispone según un eje longitudinal, y también cómo esa dificultad pudo ser la causa de que apenas veinte años después, la gran cúpula se hundiera. En la práctica, decía, se había llevado la teoría al límite sin ningún coeficiente de seguridad. Siguió explicando después todas las intervenciones efectuadas en el edificio para tratar de impedir que el derrumbe de la cúpula volviese a suceder, hasta la gran intervención de Sinan tras la conquista de Estambul por los musulmanes en la época de Solimán el Magnífico.

Estaba con los ojos cerrados echada sobre la cama recordando mentalmente los dibujos que aquel profesor había realizado en la pizarra, cuando sonó el teléfono. Era Elma diciéndome que me esperaba abajo. Miré el reloj. Acababan de dar las cinco de la tarde.

Elma había venido sola, sin Murat, y no traía coche. Me dijo que como íbamos a ir a ver Santa Sofía, prefería hacerlo en taxi por la dificultad que había para aparcar cerca del edificio.

Por muchas fotografías que hubiese visto antes, por muchas conferencias que sobre arte bizantino pudiera haberme dado aquel profesor de arquitectura, por muchas veces que hubiese fantaseado con estar dentro de aquel edificio, nunca me hubiese imaginado que aquella construcción pudiese sobrecogerme como lo hizo cuando entré en ella. Te podías sentir pequeño, aplastado por el peso del



enorme espacio que se levantaba sobre ti, como si el cielo representado por aquella cúpula estuviese igual de alto que el cielo exterior. Pero también podías sentir la necesidad de volar en él, de recorrerlo en toda su longitud de un cuarto de cúpula a otra, de ver los espacios desde arriba. Fue de Satur de quien me acordé. Me hubiese gustado que estuviese aquí conmigo para que me dijese si aquí él también sentía cómo el alma se expande, al igual que sucedía en aquel sitio que me llevó a caballo viendo la enormidad de aquel valle limitado por el mar y el cielo.

Salí de allí plena, como reconfortada, como renacida. Con la sensación de que a pesar de todo el ser humano es capaz de hacer cosas imposibles. Era como cerrar un círculo. A partir de aquí tenía que ser una mujer nueva.

Le pregunté a Elma si nos daba tiempo a ir a la Suleymaniye. Con Santa Sofía presente en mi mente, necesitaba compararla con la Suleymaniye. Quería comprobar cómo Sinan, aunque tarde, ochocientos años después, con Santa Sofía como modelo, resuelve para siempre el problema de sujetar los empujes de una cúpula con dos cuartos de cúpula. Elma, que parecía no tener otra misión que complacerme sin preguntar al instante miró a su alrededor, vio un taxi y lo paró.

Me pareció un edificio enorme. Con todas las construcciones que lo rodean, es uno de los complejos más grandes del mundo. La mezquita de Suleyman, perfectamente simétrica con sus escalonados cuartos de cúpula superponiéndose, parece brotar de la tierra con una pureza absoluta hasta sujetar los empujes de la cúpula. Y dentro, cada espacio parece estar en su sitio. Todo está perfecto. Sientes la seguridad de la geometría manejada por el ser humano.

Elma me acompañó a cenar. Lo hicimos en un precioso restaurante en la Istiklal Cadessi, cerca del hotel. Me acordé de que en esa calle el novio de Fiorella, mi compañera de vuelo, tenía una tienda de alfombras. Miré en mi bolso y encontré la tarjeta que me dio. La saqué y le pregunté a Elma si conocía esa tienda de alfombras. Ella me contestó que sí, que era una de tiendas las más importantes de Estambul.

—¿Quién te ha dado la tarjeta?

—La novia del dueño. Ha sido mi compañera de asiento en el avión desde Venecia —le contesté.

—¡Fiorella!

—Sí. ¿La conoces?

—Desde hace poco. Berat y el director de la empresa para la que trabajo aquí en Estambul son muy amigos. Ambos jugaron juntos al fútbol durante siete años en el Galatasaray.

—¡Qué casualidad!

Elma trabajaba para una empresa de relaciones públicas de alto standing. Hablaba a la perfección inglés, francés, árabe, ruso y turco. La empresa se dedicaba a acompañar a los clientes para enseñarles la ciudad o para resolver cualquier problema que se les pudiese presentar. Entre ellos, importantes personalidades, que solicitaban sus servicios desde embajadas a grandes empresas. Elma era bastante más de lo que puede entenderse por una guía turística. Tenían acceso preferente a muchos monumentos y muy buenas relaciones con el gobierno. Murat trabajaba también para la misma empresa que Elma, pero él se ocupaba más de todo lo relacionado con el transporte y la seguridad de las personas. Por eso muchas veces trabajaban juntos. Y también por eso, al día siguiente irían los dos con ella hasta las afueras de Estambul en la zona de Guzelyali a realizar el trabajo para el que había venido. Me dijo que me recogerían pronto, a las nueve, porque estaba a más de una hora en coche.